

peranza de alcanzarla de vuestra infinita bondad, me rindo humildemente á morir, en el tiempo y en el modo que vuestra Providencia tiene determinado: sí, sí, Dios mio, os hago de corazon el sacrificio de mi vida; quiero morir en satisfaccion de los agravios que he hecho á vuestra suprema Majestad: quiero morir para no ofenderos mas, para poseeros y amaros eternamente. ¡Oh mi Jesus que morísteis por mí! Acordaos de vuestra muerte á la hora de la mía, recibid mi espíritu y haced por vuestra gracia que yo muera en vuestro amor. Amen.

Apéndice II.

Extracto de la obra: "Estudio de la muerte, ó iniciacion del sacerdote en el conocimiento práctico de las enfermedades graves y mortales, y de cuanto se refiere, en este punto, al difícil ejercicio del santo ministerio." Por P. J. C. Debreyne, Dr. en medicina de la Facultad de Paris, presbítero y religioso de la gran Trapa. Paris 1845.

INTRODUCCION.

Las ventajas que el sacerdote y el pastor de almas reportarán de este estudio, las expone Debreyne en el prólogo, que por su importancia damos traducido casi en su totalidad. "Si á los hombres graves á quienes dirigimos este trabajo, les interesa en gran manera el ser ini-

ciados en la ciencia de la muerte, les es aun más esencial el tener conocimiento de los signos y de todas las circunstancias prodrómicas que anuncian el término más ó ménos próximo de la vida de los enfermos, á quienes el deber pastoral obliga á auxiliar con los consuelos de la religion, y á fortificar con los sacramentos de la Iglesia.

“Compréndese, en efecto, la inmensa ventaja de los pastores de las almas, al poder por sí mismos juzgar y apreciar todo el alcance de las enfermedades, entreviendo desde léjos su gravedad, sus peligros y sus resultados; pues de este modo podrán tratar con Dios de la salud de las almas, sin esperar imprudentemente la palabra oficial de los médicos, que siendo con harta frecuencia, incrédulos, ó poco religiosos, temen el efecto moral de los consuelos de la religion y de la recepcion de los sacramentos, retardando cuanto pueden las graves y tiernas ceremonias de que no aguardan ventaja alguna material para los enfermos. ¿Y cuál es el resultado más ordinario de esta falsa compasion, por no decir de este punible descuido? Lo que sucede, es, que la enfermedad avanza,

el peligro sobreviene, y va acreciendo hasta ser inmenso, haciendo incapaz al enfermo para casi todo acto religioso, en el momento en que lo necesita más que nunca.

“Sabido es, por otra parte, que muy á menudo aun los médicos se engañan, ó se hacen ilusion acerca del próximo peligro en que se encuentran los enfermos, pronunciando osadamente que aun no es tiempo de hacer intervenir al ministro de la religion; y en el ínterin se acerca la muerte, se arroja sobre su víctima, y arrebatála no pocas veces bruscamente, sin sacramentos y sin Dios! No hagais, pues, caso de los vanos temores de los médicos; la razon y la experiencia nos están diciendo cada dia, que los consuelos de la religion, y los sacramentos instituidos para el socorro espiritual y corporal de los enfermos, jamás agravan su posicion, y que, léjos de turbar á las almas verdaderamente cristianas, las llenan de consuelo, y las aseguran contra los temores de la muerte. Por otra parte, estos auxilios levantan y fortifican singularmente el sistema nervioso, inmensa palanca de la moral del hombre, elevan al alma á su más alto grado de potencia, y la

hacen capaz de imprimir un movimiento de fuerza y vitalidad nueva á todo el organismo más ó ménos deprimido por el trabajo de la enfermedad. Sabido es, en efecto, que nada hay más propio para favorecer la accion de la medicina material, que la paz y la calma del alma y la conciencia; pues esta dichosa situacion moral, duplica por lo ménos la potencia medica-triz del sistema nervioso, sin cuya influencia, ninguna enfermedad es humanamente domable.

“Muy de desear seria, que el párroco tuviese la loable costumbre de visitar indistintamente á todos sus enfermos, aun los mas ligeramente afectados, lo cual traeria entre otras, dos ventajas: la una, de no espantar ó alarmar á los enfermos, cuando los visitase ya estando en peligro; y la otra, de tener tiempo y ocasion de prever el daño, apreciar y calcular su tamaño, y tomar, en consecuencia, las medidas oportunas para preparar á los enfermos á la recepcion de los sacramentos, y hacerles administrar tambien los auxilios de la medicina.

“De aquí tambien resultarian otras ventajas: fácil entrada para el sacerdote, confianza de

parte de los enfermos, llamamiento interesado, y por lo mismo mas frecuente, de parte de los parientes, etc. En ausencia de todo peligro, se evitaria con prudencia, segun el carácter y las disposiciones de las personas, el hablar de sacramentos ó cosas graves y serias, conversando, al contrario, de cosas agradables, sobre todo de su salud y pronto restablecimiento. Que si se tratase de enfermos incrédulos é impíos, despues de darles á conocer con prudencia y los convenientes miramientos, la gravedad de su posicion, podrian instruirse y prepararse con tiempo; y acaso, con la ayuda de Dios, podrán acabar cristianamente, ó si no fallecen, la paz y los consuelos que de la religion recibieron, apresurarán su restablecimiento y consolidarán su conversion. Si permanecen obstinados . . . el pastor se podrá al ménos dar el testimonio de haber cumplido hasta el fin con su deber, y de haber hecho cuánto era humanamente posible para con aquella oveja desgraciada.”
